

La música del corazón

Relatos que curan



Dr. Xavier Ruyra (Coord.)

Latidos de un corazón partido

Por Gabriel Masfurroll

Cuando David Figueras me pide que escriba unas líneas para un proyecto solidario me siento feliz. Primero porque es para algo bueno. Segundo porque me encanta escribir, y finalmente porque como comprobaréis el corazón da para mucho...

De muy joven mi padre me inculcó la importancia del deporte. Me gustaban todos, pero finalmente acabe inclinándome por la natación.

Al cabo de un par de años de empezar a practicar este deporte ya muy en serio, en una revisión el pediatra de la familia les dijo a mis padres: «Gaby debería dejar de nadar pues su corazón no está bien». Imaginaos qué susto para todos y qué disgusto para mí, pues a pesar de lo duro que era, yo tenía en la natación uno de mis mundos y a algunos de mis mejores amigos, también rivales. En resumen, mis padres decidieron que me visitara un especialista y afortunadamente dijo que tenía un corazón grande y un soplo sistólico propio de un deportista, que no era grave y que podía seguir entrenándome y compitiendo. Este es uno de los puntos decisivos en mi vida, de aquellos que Steve Jobs decía que marcan tu camino. Y así pude seguir mi carrera natatoria con todo lo que aquello reportó en mi formación como persona.

De nuevo, y ya en el inicio de la adolescencia, mi corazón volvió a ser protagonista en mi vida pero esa vez por otras razones;

me enamoraba una y otra vez y se me alteraba constantemente, por lo que corazón y hormonas producían un cóctel potente que mis queridos padres no sabían cómo manejar. Yo tampoco. Era la vorágine de los enamoramientos, en mi caso todos muy pasionales, por lo que mi corazón jamás estaba tranquilo.

Y después el servicio militar me llamó a filas. Yo tenía muy claro que eso no iba conmigo. Ya llevaba casi diez años muy espartanos entrenándome y estudiando a la vez, sin desfallecer, casi 365 días al año, y no quería desperdiciar uno o dos años de mi vida en algo que no entraba en mis planes. Así que decidí jugarlo todo a una carta, no hacer milicias y alegar hipertrofia cardíaca. Y así lo hice, me presenté, alegué este problema y me citaron a revisión en el entonces Hospital Militar. Efectivamente vieron que el corazón era grande y que había un soplo. Me dijeron que lo estudiarían y que ya me dirían algo. La suerte estaba echada. Si no me declaraban como incapaz, debería hacer la mili normal, es decir en cualquier lugar de España, dejar los estudios y la natación por bastantes meses y cambiar radicalmente mi vida. Pues bien, al cabo de unas semanas llegó a mi casa una carta en la que me daban la inutilidad, pero solo temporal, por dos años. La alegría se convirtió entonces en incertidumbre a lo largo de aquellos veinticuatro meses, un tiempo que se me hizo incómodo e inacabable. Yo seguí estudiando y compitiendo.

Y como era de esperar, al cabo de dos años me llamaron de nuevo a revisión. El corazón y el soplo seguían ahí, por lo que entonces sí que me dieron la baja definitiva. Es decir, gané dos años de mi vida gracias a mi corazón.

Este mismo corazón fue el que detectó y descubrió a una atractiva enfermera en el Hospital de Sant Pau a los siete días de empezar en mi primer empleo y sí, esta vez también el corazón me indicó que ella era la mujer de mi vida. Así llevamos cuarenta años, padres de tres hijos y con dos nietos que han rejuvenecido mi corazón.

En el Hospital de Sant Pau fue donde me dieron mi primer trabajo, el de administrador del pabellón de cardiología, y allí

empezó mi carrera en el sector sanitario. Una vez más el corazón se había convertido en el gran protagonista de mi vida. Ahí estuve tres años, donde aprendí mucho sobre cardiología, cardiólogos y corazones. Nació nuestro primer hijo, Gaby, en Sant Pau, y tres años después cuando recién me había incorporado al equipo directivo de la Clínica Quirón de Barcelona —en aquel entonces recién adquirida por un grupo norteamericano— nació nuestro segundo hijo, Àlex. Ahí de nuevo nuestro corazón recibió un fuerte impacto, pues Àlex nació con Síndrome de Down y varias patologías asociadas, entre ellas una cardiopatía. El corazón de nuevo hacía acto de presencia en nuestras vidas. Luchamos por Àlex y con Àlex con todas nuestras fuerzas. Fue durísimo. Y por supuesto sin abandonar nuestros otros menesteres, pues no teníamos ni un duro para costear los tratamientos de Àlex y su educación especial, y sin olvidarnos por supuesto de Gaby. No fue fácil, pero fueron años felices de superación diaria. Cada avance de Àlex era una gran victoria. Cris era en aquel entonces enfermera de pediatría del Hospital de Sant Pau, y gracias a ella y a su tenacidad Àlex sobrevivía a sus neumonías y a todo tipo de virus y bacterias que siempre trataban de anidar en él. Cuando parecía que ya lo teníamos fuerte y encaminado, una neumonía le provocó un paro cardiorrespiratorio y falleció un día ya inolvidable para nosotros, el 28 de diciembre de 1985, el día de los Santos Inocentes. No podía haber sucedido ningún otro día. Un corazón dejó de latir y varios corazones sufrieron una fuerte y profunda herida. Fueron meses de duelo, nos dolían profundamente nuestros corazones, pero no había otro camino que luchar, Gaby estaba ahí y nos necesitaba, y nosotros a él.

Unos años después decidimos ir a por otro hijo. Nuestros corazones estuvieron nueve meses encogidos hasta que nació Paola. Entonces ahí mismo, en la sala de partos, al ver bien a Paola, la alegría y la tristeza se mezclaron y de nuevo mi corazón latía arrítmicamente. Pero no todo quedó ahí, pocas semanas después Paola empezó a tener síntomas raros y no metabolizaba ningún alimento. Visitamos especialistas de todas partes, le hicimos pruebas de todo tipo y nadie supo darnos un diagnóstico claro.

Tenía una inmunodeficiencia desconocida y nos dijeron que en casos parecidos, aunque no iguales, a los tres años o moriría o que daría un vuelco cambiando ella sola su metabolismo. Así pues, aquel corazón grande se encogió de nuevo y así vivimos en Madrid —donde residíamos entonces— casi tres años, al filo de la muerte de nuestra hija. Cada día podía ser el último. De nuevo las pesadillas y las sombras nos seguían persiguiendo, pero como éramos (y somos) unos cabezotas, nos pusimos a pelear de nuevo, esta vez por Paola y sí, funcionó, la suerte nos sonrió o el destino quiso que esta vez nos fuera favorable. Paola pasó de tomar leches súper especiales que debíamos importar del extranjero a, de golpe, tomar cualquier tipo de alimento con la circunstancia divertida de que a los cuatro y cinco años comía alimentos más propios de adultos, potentes y sabrosos, que otros niños de su edad no tomaban o no les gustaban. Paradojas de la vida.

Durante estos años nuestros corazones se habían hecho cada vez más fuertes y resistentes. Estábamos acostumbrados a superar adversidades, y por tanto nuestra escala de valores era distinta, así como nuestros retos y objetivos en la vida. Estábamos preparados definitivamente para afrontar casi cualquier tipo de futuro que se nos presentara.

Antes de finalizar esta mini historia cardiaca no quisiera hacerlo sin mencionar un último sobresalto en mi corazón. Londres, 20 de mayo de 1992. Nuestro hijo Gaby con trece años y yo nos fuimos a Londres a ver a nuestro querido Barça disputar una nueva final de la Copa de Europa, tan deseada por los culés. Gaby Jr., socio desde que nació, igual que todos nuestros hijos y nietos, no entendía los miedos atávicos de los culés adultos. Él veía un Dream Team excepcional, liderado por un genio que transformó no solo un club, sino también el fútbol y hasta un país, el gran, querido, admirado y añorado Johan Cruyff. Nuestro rival no era la Sampdoria, que también, sino nosotros mismos. Aquel día con el gol de Koeman en la prórroga, con un chut extraordinario de falta directa desde treinta metros de distancia de la portería, cambió la historia y nuestro ADN. Nuestros corazones explotaron y Gaby y yo vivimos un momento ex-

cepcional, pues además el gol se gestó justo delante de donde estábamos nosotros. Era el éxtasis. A partir de ahí mi corazón ya estaba preparado para cualquier cosa, y así sigo.

He sobrepasado los sesenta, somos abuelos de dos pequeños fantásticos que nos dan vida, Gaby y Clara, y somos felices porque en nuestro interior no olvidamos que nada fue fácil. Lo que conseguimos fue a base de esfuerzo, ilusión, tenacidad, resistencia, pasión, ser un equipo y, por supuesto, haber puesto corazón en todas las acciones de nuestra vida. Ahora, ya en las últimas etapas de nuestra existencia, puedo decir que mi corazón sigue latiendo con fuerza y resistiendo los envites de un mundo que a veces no lo pone fácil.

Así pues, mi recomendación es que cuides tu corazón y que jamás olvides poner tu corazón en todo lo que hagas. Todo te irá mejor. ¡Salud!



El doctor Valentín Fuster razona magistralmente en su obra *El círculo de la motivación*, sin duda su libro más personal, que el altruismo es probablemente el motor principal para alcanzar el bienestar personal y también para construir una sociedad más humana y habitable. Y es precisamente esta cualidad, la del altruismo, la que ha llevado a veinticuatro personalidades de diversos ámbitos a colaborar con la Fundación CardioDreams, capitaneada por el doctor Xavier Ruyra y Raquel Montero, aportando los diferentes relatos que conforman esta obra. Historias diversas, algunas de ellas muy íntimas, que tratan experiencias y vivencias personales relacionadas con la salud física y emocional. Veinticuatro profesionales que de forma absolutamente desinteresada respondieron de manera inmediata a la llamada de la Fundación para contribuir con sus palabras: Lluís Amiguet, Eloy Arenas, JJ Benítez, Joana Bonet, Lucía Bultó, Magda Carlas, José María Carrascal, Juan Eslava Galán, Eduard Estivill, Daniel Estulin, Cristina Fallarás, Lucía Galán, Adolfo García Ortega, Pilar Jericó, Antonio Lobato, Gabriel Masfurroll, Francesc Miralles, Ada Parellada, Luis Piedrahita, Ferran Ramon-Cortés, Fernando Sánchez Dragó, Genís Sinca, Anna Tarrés y Sílvia Tortosa. Todos ellos, con su particular música sanadora surgida de lo más profundo de sus corazones, forman un auténtico *dream team* del altruismo.

